

Duro oficio el exilio

Duro oficio el exilio

Adolfo Gilly

Duro oficio el exilio, *tituló a uno de sus libros el poeta turco Nazim Hikmet, durante larga parte de su vida habitante de cárceles y de cuartos de exiliado, dos moradas donde uno está siempre lejos de los lugares adonde la memoria no deja tenazmente de acudir. Pero el exilio no es sólo ausencia, es también trabajo. De este modo el oficio no se encierra en pulir la nostalgia entre exiliados, sino que se aplica a vivir la gente y el país, que entonces se hace propio por ley no escrita del trabajo y del afecto. Sucede así que después, cuando las circunstancias o las leyes o quienes las manejan obligan a dejarlo, se acumula un segundo sentimiento de exiliado, más fuerte tal vez que el anterior, esta vez del país que uno hizo propio aunque en ningún papel oficial eso esté escrito ni ninguna autoridad lo reconozca.*

El exilio latinoamericano tiene un largo itinerario. Muchos se quiebran o se apagan en el camino, algunos volverán — o no — mucho más ricos de ideas y de experiencias, otros continuarán uno de los filones de la vieja tradición revolucionaria, la de que es ese itinerario el que prolonga y extiende la patria original.

Un compañero boliviano me hizo llegar para unomásuno una carta de Jorge Valenzuela en recuerdo de Ramón Varela González, economista nacido en España, naturalizado brasileño, exiliado por la dictadura, refugiado y militante en el Chile de Allende, nuevamente exiliado por la dictadura de Pinochet, asilado finalmente en México. Aquí enseñó en la Facultad de Economía de la UNAM, hasta que el llamado de la revolución victoriosa lo llevó a Nicaragua. Allí murió hace unos días, al volcar la camioneta del Instituto Nicaragüense de Reforma Agraria que lo conducía en sus tareas.

Historia de exiliados, pero también de las tierras donde encontraron refugio, afecto y trabajo, esta es la carta:

A Ramón Varela, in memoriam.

José Valenzuela Feijoo.

Ramón, querido hermano:

Me recuerdo de tus primeros años, allá en Galicia, tierra de mis abuelos y de tus padres. En Villa García de Arosa, junto a la ría profunda, intentabas tus primeros pasos. La segunda guerra había terminado pero en tu España na-

tal la represión arreciaba sobre los vencidos. Tus padres, Elisa y José, como tantos otros, debieron emigrar. Las velitas de los tres años las apagaste en Sao Paulo, tu nueva ciudad. Allí creciste y aprendiste a amar al *fútbol*, a Jorge Amado y a la gente de las favelas. Tu cerebro era claro, preciso, riguroso. Y — ¿cómo no? — te fascinaron las matemáticas y la física y quisiste adentrarte en la belleza abstracta de sus argumentos. Corrían ya los sesenta y la universidad era un hervidero. Poco propicio a los laboratorios, a las integrales y a la meditación serena. La lucha clasista se colaba por todos lados planteando la interrogante del compromiso. Lo aceptaste y abrazaste en plenitud. Alguna vez, más tarde, me comentabas de tu no olvidado amor por la física pero agregabas que en los tiempos nuestros — el *hic et nunc* que nos define — aquello podía convertirse en metafísica. Como Neruda antes — ¡oh, la metafísica cubierta de amapolas! — te zambulliste en nuestro revuelto ser latinoamericano. Y lo hiciste con terquedad española, con gallegas rudezas y dulzura.

Nunca te engañaron las sirenas del pacitismo. Pero tampoco la desesperación foquista. Anduviste de activista, de fábrica en fábrica, de sindicato en sindicato, de célula en célula. Organizando y aprendiendo de tu clase. La universidad se fumó y tuviste que llamarte Juan, Sergio, Romualdo, Esteban (castellanizo tus nombres clandestinos). Conociste las mazmorras, la humedad fría de las rejas y el siniestro *pau de arara*. De algún modo, lograste salir. Pero te asediaban por todos lados.

En mi país, el sol de septiembre alumbraba nuevas esperanzas. Sin papeles, cruzando por Uruguay y Argentina, llegaste a ayudarnos a cantar el ven ceremos. Anduviste en sindicatos y cordones populares, impulsando el Poder Popular y alertando sobre nuestras debilidades que luego tan caro pagaríamos. Al mismo tiempo, comenzabas a estudiar intensivamente la economía. Con aquella seriedad y rigor tan tuyos. Al cabo, el facismo te hizo emigrar por tercera vez.

Llegaste — llegamos — a la tierra del nopal. Ya casado. A recibir el calor de este pueblo que ya es tan nuestro. Esta

bas fascinado y con esa tu curiosidad de niño grande recorriste Mérida, Oaxaca, Veracruz, Hidalgo, Colima, Puebla, Michoacán, El Bajío y todos los mil países que aquí se han reunido. Eras un guía increíble y más de un domingo — con Melba y la pequeña Mariana — luego vendría Elisa — me llevaste por los vericuetos de Coyoacán, del Zócalo y de todo el México antiguo.

Tu casa siempre estaba abierta y allí nos reuníamos por largas horas mexicanos, uruguayos, haitianos, argentinos, panameños, peruanos, brasileños, chilenos, bolivianos y nicaragüenses. A todos nos dolía América. Y en todos renacía el amor por la Patria Grande, la que soñara Bolívar. Pronto terminaste tus estudios de economía y fuiste un profesor universitario brillante. La vida era más tranquila y más de una madrugada nos sorprendió discutiendo del socialismo, de la teoría económica y de la revolución. Te inquietaba la evolución del socialismo, la magnitud de sus deformaciones. También la mediocridad y palabrería de nuestros intelectuales. Reclamabas más rigor crítico y volver a Marx. De defectos, errores y podredumbres, sacabas fuerza redoblada para combatirlos y luchar más y mejor por una auténtica revolución. Pronto, llegó Nicaragua y el fuego de sus esperanzas. Tu esposa era de allá. Liaste bártulos y de nuevo a emigrar. Pero esta vez no derrotado. Por primera, y última vez, el viaje fue triunfal. Aunque no triunfalista. Bien sabías que aquello es muy duro. Estabas ya contribuyendo. En tareas de educación y reforma agraria. Pero un camino traicionero, de noche, el 18 de abril, te hizo emigrar por última vez.

Quisiera ser creyente. Que tú y todos los amigos lo fueran. Y prometerte que en algunos años más, en el otro lado, nos juntaremos como antes. Que destaparemos un buen vino tinto, recitarás Carmina Burana y platicaremos como antes. Del *fútbol*, de la poesía, de la economía, de nuestros hijos y ya no del fascismo. Estaremos viejos y eso será un fantasma del pasado. Hablaremos del socialismo nuevo, ya en construcción. Adiós, querido amigo. Tu vida ha sido corta pero redonda. Hasta pronto y descansa en paz.

José.